

Galeria de Arte

DARDO ROCHA

7 N. 719

La Plata

PLASTICA

GALERIA DE ARTE

Florida 588 - T. E. 32-9850 - Buenos Aires

CORREO ARGENTINO LA PLATA (B)	TARIFA REDUCIDA
	CONCESION 7935

DIAGONAL CERO

REVISTA TRIMESTRAL ARGENTINA
SETIEMBRE 1966

EN LA PRESENTACION DE LA OBRA DE LUIS PAZOS

NUMERO 19

EpOesia fonética
TOC
TOC TOC
TOC TOC TOC
TOC TOC TOC TOC
TOC TOC TOC TOC TOC
TOC TOC TOC TOC TOC TOC
TOC TOC TOC TOC TOC TOC
TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC
TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC
TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC TOC

editorial

DIAGONAL CERO rinde homenaje a tres maestros. Lo hace por intermedio de ese puente-receptor que es LIBERO BADI quien nos comunica con MACEDONIO FERNANDEZ y ANTONIO PORCHIA. No es la primera vez que tenemos que agradecer a BADI, su constante amparo espiritual, escondiendo o disimulando nuestros errores, ayudando con el criterio sano pero no comprometido ni benevolente de su palabra. Hoy, una vez más nos acerca a dos mundos aparentemente opuestos pero hermanados en la gruesa ironía que encierran sus escritos-creativos, MACEDONIO FERNANDEZ, padre de muchos hijos que se niegan a admitirlo, posiblemente el escritor de "ciudad" más nacional y ANTONIO PORCHIA quien con sus "voces" encierra ingenio y profundidad. DIAGONAL CERO no es adepto a los Homenajes gratuitos. De ahí el modesto valor que encierra al salir de esa tesitura. No es blandura es plasticidad, no es simple cariño, sino Amor profundo a figuras que merecen nuestra máxima respetabilidad. Mas no una respetabilidad circunspecta sino la simple comunicación humana que nos brindan estos tres personajes del arte argentino. Y de esto los tres están recargados.

diago
nal 2 y 3
cero

7abb

19

diago
nal
cero

REVISTA TRIMESTRAL

Director: Edgardo Antonio Vigo
Redacción: Calle 7 N. 546 - 2 E., La Plata
Prov. de Buenos Aires, República Argentina
Diagramación: Vigo
Inscripción en el Registro de la Propiedad
Intelectual N. 846.164
Impresa: "Imprenta Di Jorgi" calle 48 - 885
Deseamos canje con publicaciones de tipo
similar.

REPRESENTANTES
en Ecuador

Francisco Coello V.
Atelier d' Ast
Bogota N 225, Quito

en Paraguay

Miguel Angel Fernandez
Brasil 1383, Asunción

En Uruguay

Jorge Casteran
Durazno 2289, Ap. 12 Montevideo

diago 4
nal 4
cero



RECUERDO DE "A" xilografía Vigo (1965)

O VELHO DO GUARDA - CHUVA AMARELO

X GERARDO SOBRAL

EL VIEJO DEL PARAGUAS AMARILLO

Traducción del Portugues X CARLO ANTONIO CASTRO

α BERTINO, mi difunto padre

Cuando el viejo regresó por la tardecita empuñando un paraguas amarillo, su hija, que cuidaba las macetas de floridos geranios en la ventana, lo miró espantada. El anciano le explicó, entonces, que en la estación, al bajarse del tren, su paraguas había rodado por tierra. Al inclinarse a recogerlo sucedió, con gran sorpresa suya, que el color negro, desvanecido por los años de lluvia, se transformó, ante sus propios ojos, en aquél amarillo tan vivo. Y como el destino se empeñaba en perseguirlo, según aseguró amargamente, se lo puso al brazo y siguió rumbo al paseo del Instituto. Su yerno, que no tenía empleo y se había dado últimamente a la bebida, refunfuñó, al tiempo de salir hacia el cafetín de la esquina, que el viejo era un mentiroso.

Al día siguiente, acudieron los vecinos a examinar el paraguas con sus propios ojos. Nadie creía aquella historia, que había circulado por el suburbio en un instante; sólo doña ZEFENA le atribuía un significado especial:

- El amarillo es el color del oro, negrita —decía con su arrastrado acento de norteña. Y agregaba con envidia:
- Es señal de mucho dinero.

Sin embargo, la mulata de la cuarta casa, que echaba las cartas, leía en la mano la buena ventura y vivía con el portugués del tendajón, aconsejó, temerosa del raro mundo de fuera:

- Quién sabe si no era cosa de magia y un CABOCLO (1) no pudiera deshacerla?
- La hija del viejo, oyéndola, lo pensó una y otra vez, y acabó por creer lo mismo.

En un rincón, dándole chupadas a su cigarro, el anciano escuchaba a las personas que entraban al interior de la casa y oía en silencio sus comentarios. Si algo le preguntaban, respondía con sequedad, aunque su hija añadía siempre ciertos detalles que lo hacía admirarse de su poco ceremoniosa imaginación. Y el hecho que le parecía simple y claro (el paraguas era negro cuando se le cayó y amarillo al recogerlo) se volvía complicado para los demás. El no cambió el paño y, por otro lado, de qué le servía un ridículo paraguas amarillo si no era un bufón ni trabajaba en un circo?

La resistencia que opuso fue inútil: su hija habló tanto, le imploró de tal manera que él, contrariado, quedó de acuerdo con ella en ir a la Plazuela de la Madrecita. El CABOCCLO se resistió mucho a bajar y, entre rezongos y escupitajos, les pidió el paraguas (ni se les había ocurrido traer), tres velas de esperma, siete plumas de gallina de Guinea (arrancadas en luna llena cuando la dueña de la casa no menstruaba, lo que hubiera sido perjudicial) y un billete de 500 mil reales (2).

Cuando la mulata de la casa IV se enteró de aquella consulta resistióse mucho, ella que tanto había deseado conocer la Madrecita. El yerno, al oír hablar del dinero, montó en cólera. Llamó ignorante a su mujer y dijo que el suegro era un perfecto imbécil. Ella le contestó y por poco se dan un agarrón, más el viejo podía regresar en cualquier momento. El yerno se retiró enojado a un rincón y la mujer, como si no hubiera ocurrido nada, para que el padre no desconfiara, le entregó, a la chita callando, un poco de dinero.

El paraguas, que al principio estaba en la pequeña sala de visitas, donde el viejo dormía y comía, fue llevado al cuarto. Los conocidos que iban atraídos por el objeto comenzaron a escasear. A veces llegaba un despistado y mandaban a traer el paraguas, aunque la hija ya no le proporcionaba los detalles. Por su parte, el viejo lo colocaba con sigilo detrás del armario y, en el momento en que su hija y su yerno se ausentaban, se ponía a admirarlo durante horas seguidas. En ocasiones lo sorprendía el yerno:

— Me parece que en Río hay mucha gente estúpida —decía.

El viejo no se incomodaba con esas palabras. Pero pensaba que aquello era como si lo pillasen en un acto muy íntimo. Entonces dio en admirar el paraguas, a solas, en altas horas de la noche, cuando la pareja dormía a pierna suelta y el silencio germinaba entre las paredes.

Las riñas entre la hija y el yerno, que eran constantes, arrieron. Ella le pedía a su marido explicaciones de por qué se la pasaba en las cantinuchas, bebiendo ron, en vez de conseguirse un empleo; él le contestaba, amenazante, que iba porque le daba la gana, ya que la vida en aquella casa era insupportable. Se refería irónicamente al paraguas y, al final de cuentas, le faltaba el respeto al anciano.

— Viejo cretino! Te cayó dinero del paraguas amarillo? Te cayó dinero, viejo tonto? —le preguntaba, histérico, con la camisa de fuera.

El hijuelo de la pareja, de tres años, con los ojos apagados y la cabeza deforme, espía a la madre y se orinaba de miedo con los gritos de su papá. El anciano, que no se metía en el pleito, atraía al pequeño y salía con él a la calle, tomándole de la mano. Las piernas del muchachito apenas lo sostenían y era necesario llevarlo en brazos. Le mostraba el tranvía, los automóviles, los árboles, pero el nieto no sentía interés: con sus manitas blancas y finas alisaba los cabellos del abuelo, en uno de cuyos hombros apoyaba la deforme cabezota. Emprendían un largo paseo y retornaban cuando la discusión ya había terminado.

Todo el suburbio comenzó entonces a burlarse del anciano, aún después de que estuvo allí un reportero del periódico "LUCHA". La mulata, que todavía estaba resentida, le dijo al periodista que fue el viejo quien pintó el paraguas. En cuanto a doña ZEFINA, ya se había desengañado de su propia predicción. El viejo supo todo esto y no se alteró. No obstante, lo impacientaban los muchachuelos pues apenas lo miraban por la calle salían en su persecución, gritándole:

— Paraguas amarillo! Paraguas amarillo!

Las ganas de echarse sobre los negrillos, por mucho tiempo contenida, se desbordó rabiosamente un día. Y hete aquí que salió corriendo, sin tino alguno, detrás de la chiquillería que jugueteaba aquí y allá. La cosa se fue agravando con el tiempo: apenas ponía el viejo los pies fuera de casa, ya toda la pandilla estaba reunida en cualquier esquina y en los lugares más inesperados.

La hija procuró aconsejarlo, pero el anciano era terco. Después comenzó a comprarle los cigarros y hacía todo cuanto podía, sutilmente, para impedir que su padre saliera. Le pedía ayuda para arreglar la casa, que cuidara los frijoles en la lumbre, que remendara los asientos de mimbre, que atendiera a su hijito. El viejo sólo se interesaba en el nieto, cuyas manitas blancas y delgadas le alisaban los cabellos. Dándose cuenta de tal cosa, ella se comprometió a coser ajeno y, de la mañana a la noche, pedaleaba como una loca en la herrumbrosa máquina. Mas esto duró poco; un día llegó bebido el esposo, rasgó un vestido que ya estaba listo y ella tuvo que pagar el daño.

El viejo se volvió enojón desde que dio en dormir abrazado al paraguas, cuyo color amarillo se iba marchitando con el tiempo. Ya no se colgaba al nieto del cuello ni se bañaba. La barba le crecía, canosa y revuelta, en el arrugado rostro, y sus negras uñas se encorvaban, enormes como garras, y no se arreglaba en absoluto por más que la hija insistiera en ello. El cuello de sus camisas, percutidas por el uso durante semanas, sin cambiárselas, mostrábase sucio y roto; llevaba lustrosos los pantalones y el saco raído en el dobladillo de las mangas. Y comenzó a odiar al yerno que hoy, cuando volvía borracho, la primera cosa que hacía era echarlo fuera de la cama:

— Viejo estúpido!

Una mañana, después de luchar mucho con la hija para no mudarse camisa, decidió el viejo, que de semanas atrás había estado recogido, salir a la calle, y con esta intención tomó su paraguas. La hija, presintiendo una tragedia, le imploró de rodillas, se le agarró de las piernas, corriéndole las lágrimas por el rostro enjuto. Le pidió que, por el amor de Dios, se quedara con el nieto, a quien sacó de la cuna. Ni siquiera la carita triste del niño lo disuadió. Ella le contó, entonces, que la noche anterior había tenido un sueño horrible, una dolorosa pesadilla que la despertó, pero todo fue inútil. El padre era terco. De un empujón —qué rigor para su edad!— apartó a su hija de la puerta y salió empuñando el paraguas, sin voltear siquiera.

En la calle divisó a su yerno en un poste, con la cabeza baja, los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la barriga de fuera, balbuciendo cosas incomprensibles. Sin pensarlo, se encaminó hacia aquel lado e, inesperadamente, se encontró rodeado por los muchachuelos:

— Paraguas amarillo! Paraguas amarillo!

El avanzaba y, de pronto, blandiendo su paraguas con golpes cortos y tajantes, persiguió a un rapaz. Se detuvo indeciso, inclinándose, a media calle, mientras los pilluelos rodeándolo con alborozo, corriendo de un lado a otro, casi a su alcance. Una y otra vez amagó con el paraguas y no propinó el golpe porque, bien a bien, no sabía que dirección seguir: si dirigirse a la plazuela y sentarse en un banco, o coger sin ton ni son por una de las calles que se abrían frente a él.

El yerno, apenas despertando de su letargo, descubrió la borrosa figura del viejo, masculló unas cuantas palabras y, tro-

pezando con las piedras, se dirigió a su encuentro. Alzaba los brazos, masticando entre la espesa saliva voces que no le salían de la boca a pesar de su esfuerzo. Un negrillo pasó entre ellos, alegre, y a buen seguro del paraguas lanzó un berrido:

— Paraguas amarillo!

El anciano se quedó inmóvil, los ojos fijos en su yerno. Los rapaces, estrechaban el círculo en torno de los dos hombres. Un cerco tímido, capaz de deshacerse al menor movimiento del viejo. Dentro, el yerno caminaba, torpe y descoyuntado, buscando al suegro, hasta que, con el aliento agudizado junto a la temblorosa nariz del anciano, se detuvo, recuperó el equilibrio, se llevó el brazo derecho a la frente, con desgano y, los párpados a medio cerrar, hizo girar la mirada con un lento movimiento de cabeza:

— Paraguas amarillo... —consiguió balbucir, con la mueca de una risotada en rostro de huesos salientes.

La mano se crispó en la plateada empuñadura del paraguas y el viejo, con movimiento rápido, embistió contra su yerno, tal una espada, asentándole una cuchillada mortal en la barriga descubierta. La punta de hierro penetró en el vientre, rechinando, hondamente, y el yerno dio un grito de dolor, doblóse y cayó boca a tierra. Los rapaces huyeron espantados. El anciano volvió al ataque, desesperado, infiriéndole nuevas estocadas. Con ambas manos en la panza, encogiéndose, el yerno rodaba por el terreno que teñía de rojo, con una espesa y sanguinolenta baba espumosa en la boca, gimiendo. A pesar de la furia del viejo, consiguió levantarse —el paraguas lo apaleaba ahora— y huyó tambaleante, apoyándose en las paredes que guardaban silencio.

Con mucha dificultad llegó a la casa, se acercó a la puerta y, viéndose las manos ensangrentadas, chilló hacia dentro con toda su fuerza:

— Mujer, tu paraguas amarillo me mató! —Deslizándose, cayó pesadamente, los ojos vidriosos, agónico.

La cabezota deforme, inclinada sobre una revista de historietas, estremecióse: El niño se bañó en meados.

(1) CABOCLO — mestizo de europeo e indio. (T).

(2) 500 mil reis — moneda brasileña muy devaluada. (T).

ARGENTINA

ECO CONTEMPORANEO

C.C. Central 1933-Bs. As.

CORMORAN Y DELFIN

F.F. Amador 1805-1°5, Olivos
(BA)

PIUMO

C.C. 60-Sucursal 14-Bs. As.

CUADERNOS DE POESIA

Av. del Tejar 3503, III/A. Bs. As.

SETECIENTOSMONOS

Riccheri 888-Rosario

BOLETIN DE POESIA

Esteban Bonorino 723-Bs. As.

VIGILIA "Hoja de Poesía"

Italia 830-Castelar

LA LOCA POESIA

C.C.C. 4139-Bs. As.

POR ALQUIMIA

C. C. 193 - La Plata

CHILE

ORFEO-Cuaderno de Poesía

Casilla de Correo 14139,

Correo 14 Sgo. de Chile

COLOMBIA

ECO

Av. Jiménez de Quesada 8-40

Bogotá

MEXICO

EL CORNO EMPLUMADO

Apartado Postal 13-546

México 13, D.F.

PAJARO CASCABEL

Lope de Vega 510,2



México D.F.

PARAGUAY

ALCOR

Iturbe 870-Asunción

 y las moscas (cuento del absurdo)

 CARLOS RAUL GINZBURG 

A era un experto cazador de moscas, es
jaula de vidrio que tenía en el fondo el
sentido de su vida. Durante todo el día
atrapar alguna. Las sabía distinguir
hembra! gritaba cuando apresaba
moscas eran demasiado pequeñas
y les pinchaba los ojos con un
al aire. Las moscas heridas,
pequeñas patas. A las tor
e una. Lo que quedaba d

perimentos los repetía
daban. Pero cuando
sus manos y las be
Les hacía tierna
pletamente en
ésta respondi
y ahí tuvo
Dormía
amaba
mosca
le j
C-

Como la mosca había crecido tanto (tenía el tamaño de una muñeca) A decidió que ya podía como una mujer. Le compró unas pequeñas polleras, aros, zapatos. Con la sacó de la jaula y la llevó a vivir con él. La mosca no intentaba volando, pero por seguridad A le cortó las alas. Esto también lo hizo de darle más apariencia humana. La mosca estaba transformada. A los labios y se arreglaba en el espejo.

Siguió creciendo hasta llegar chico y finalmente al de una mujer real. A estaba enloquecido amante. Olvidó su pasión por cazarlas y se dedicó por entero a su amado. Con el tamaño adquirido por la mosca los dos por las noches se encerraban en su pieza y se hacían amor. A se cariaba su vientre negro y la miraba profundamente. Luego le besaba sus cuatro patas velludas. Los dos se amaban mutuamente lo más que podían. A era muy celoso de que ella se fuera con otro, de perder su amor.

L. muy fiel y sólo salía a la terraza para tomar sol. VITA su esposa. Con el tiempo notó que su amada Italia se iba a hacer bañar pero ella se negó. La tomó de la mano y la llevó a la bañadera. Ella chapoteaba en el agua. LA LOCAC, la envolvió con una toalla y la secó.

C.C.C. 41. nadie, le dijo A.
POR ALQUÍ, conté —replicó la mosca.

C. C. 193 - La

CHILE: un vientre asqueroso y a cabeza humana y el cuerpo años tenía el tamaño de ORFEO-Cuaderno sus senos de mujer sobre Casilla de Correo 14. mente a su hija, un Correo 14 Sgo. de Chile. Por la noche ella

COLOMBIA: La tomó

ECO: lo hizo olvidar la violó. Ella Av. Jiménez de Quesada 8-40 su esposa. Bogotá. a gente

MEXICO: ró una ese

EL CORNO EMPLUMADO Apartado Postal 13-546 México 13, D.F.

PAJARO CASCABEL Lope de Vega 510,2 México D.F.

PARAGUAY
ALCOR Iturbe 870-Asunción

HOMENAJE DE
DIAGONAL CERO

a ANTONIO PORCHIA
AP

*“Antonio Porchia tiene su alma,
su alma es su libertad,
su libertad es su vida,
su vida es su ver la belleza,
su ver la belleza es su sentir el arte,
su sentir el arte se llama comunicación,
su comunicación es su paz,
su paz es su tiempo,
su tiempo es su todo”.*

LIBERO BADI
del catálogo "A. P. visto por L. B."

DE SUS "VOCES"

Sí, estoy en una sola parte, pero desde todas las partes, no desde una sola parte. Desde una sola parte no estoy en ninguna parte.

Cuando uno comprende que es
hijo de sus creencias, pierde sus creencias.
hijo de sus creencias, pierde sus creencias.

Siempre
fue más fácil amar que elogiar.

Un infinito de cosas
es infinitamente más que todas las cosas y no es todas
las cosas.



RETRATOS IMAGENES DE "A. P." por LIBERO BADÍ - bronce 1964

Soy lo bajo y lo alto de mí. No lo bajo de mí. No lo alto de mí. Porque lo bajo y lo alto de mí no he podido separarlos.

Todo acercamiento es acercarse a un cuerpo, donde termina todo acercamiento. Cuando sentimos, sentimos lo que es alguna vez, no lo que es siempre.

Y ese mañana que no llega nunca, llegó. Y era un muerto. Y sin ese muerto, yo no hubiera sido un muerto.

Dios mío, casi no he creído nunca en ti, pero siempre te he amado.

Sé que no tienes nada. Por ello te pido todo. Para que tengas todo. Te quiero como eres, pero no me digas como eres.



HOMENAJE *DE*
DIAGONAL CERO

a MACEDONIO FERNANDEZ
MP

“...Deseaba rendirle mi sencillo homenaje a un ser que con sus escritos me hizo comprender un porqué de la vida. Fue así que dibujo tras dibujo iban dándome una visión plástica de lo que más tarde iba a ser la forma escultórica”.

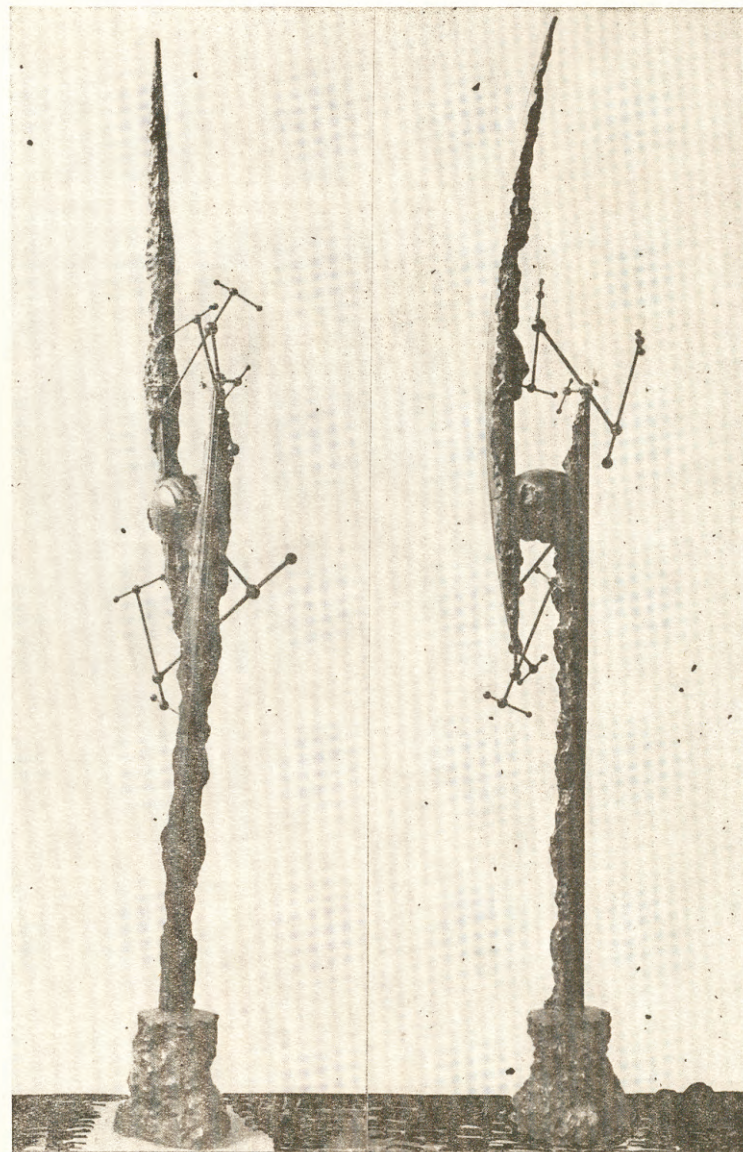
LIBERO BADI
de su catálogo “M. F. visto por L. B.”

—Cuando un sombrero tapa un reloj, cuando clavamos en una papa la pluma de escribir, cuando la sombra de una persona se proyecta sobre un fuego, cuando un chorro de agua mantiene en alto y danzante una cáscara de huevo, cuando damos una cuchillada en un chorro de agua, cuando una gran risa nos hace lagrimear, o llueve con sol, o sobre un ambiente en sombra se proyecta una sombra más espesa... ¿qué le acontece a la Poesía?

M. F. fragmentos de
"CUADERNOS DE TODO O NADA"

—Una pierna con reumatismo rinde previsiones de tiempo más anticipadas que las de de una numerosa, cara y pedante oficina oficial de pronósticos atmosféricos.

Se propone que el solemne Estado alquile la pierna reumática de la cocinera Josefa para monopolizar y publicar sus "datos meteorológicos".



—Autobiografía accidentada.
—Yo nací el 1º junio 1874.
—¿Y la otra vez?
—¿Cómo? Sólo nací esa vez que le digo!
—¿Y con esa sola vez se ha bastado hasta ahora?

—Muletas para un ciempiés derrengado. El pedicuro de los ciempiés.

Los ciempiés optaron por la bipidez en un tiempo de carestía de muletas.

Y de eso, y de otras adaptaciones transmitidas, proviene el resultado evolutivo que se llama hombre.

—“Armar el fuego”, cada mañana, qué entretenida y qué inteligente comunión con las cosas.

IMAGENES SIMBOLOS DE M. F. por LIBERO BADI



EDGARDO ANTONIO VIGO



EN ADHESION "MES DE OCTUBRE - MES DEL GRABADO"
8º CUADERNILLO DE XILOGRAFIAS DE "DIAGONAL CERO"



yo soy
tú, serás
el, el
ellos, eran
nosotros, eramos
vosotros, sois

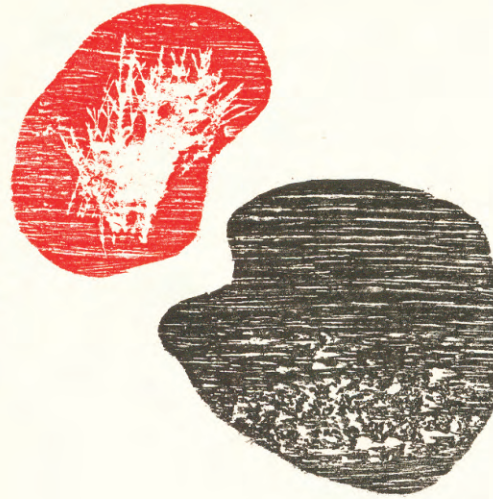
FORMA I - xilografía y texto de Edgardo Antonio Vigo (1966)



yo, fui
tu, eres
el, es

ellos, fueron
nosotros, seremos
vosotros, vosotros...

FORMA II - xilografía y texto de Edgardo Antonio Vigo (1966)



yo...

tú, sos

él, será

ellos, son

nosotros, somos

vosotros, serais

Rubén Alberto Suárez
— Martillero —

Diag. 78-206 26440

Adhesión de "Pichón"

Juan F. G. Bianchi Lobato
— Abogado —

11-710 31588

Eduardo Pucciarelli Rava
Martillero - Tasador

48-877, 1º, of. 108 44140

ESTUDIO JURIDICO

Dr. Eduardo José Lazzari
Proc. Agustín Sixto Solari

Esc. 50 - 889, 4º of. 412 42323

Miguel Angel Rivas
— Martillero —

Diag. 73-3327 32111

Alberto Durán
Martillero

48-874, 4º p., esc. 55/56 - 28275

Carlos César Tejo
— Abogado —

48 - 866

ADHESION

Juan José Esteves

F
O
T
O
G
R
E
T
A
T
O
S
A
F
I
A

9 - 1589 3-0740

Librería Jurídica

Calle 45 - 532
Teléfono 41427

Néstor José Vigo

Vías urinarias - Cirujano

43-426 22069

"Ameghino"

Librería y Papelería

55 esq. 4 28295

Julio Naggi

— Martillero —

8 - 763 41718